

BLANCHOT, FOUCAULT Y EL PENSAMIENTO DE LA DESARTICULACIÓN: ¿ES POSIBLE RESISTIR DESDE LA AUSENCIA DEL AUTOR/SUJETO?

*Blanchot, Foucault and the Disarticulation Thinking: Is It Possible to Resist
from the Absence of the Author/Subject?*

Cristián Rustom M.¹

Resumen: Blanchot y Foucault son dos pensadores fundamentales para la filosofía francesa contemporánea. Sus ideas permiten abrir el debate sobre la inestabilidad, la discontinuidad y la posibilidad de resistencia al poder. Blanchot muestra que la literatura es peligrosa para el *statu quo*, pues pone en cuestión toda institucionalización del poder; ella barre con todo, incluso con el autor que le da origen. Así, la literatura es un espacio de desautorización a toda interpretación final. La idea de Blanchot se resume en la expresión de Barthes: la “muerte del autor”. Si el autor ya no es el epicentro, ¿quién es, entonces, el que resiste? La pregunta no es baladí, toda vez que Blanchot mismo puede ser considerado como un intelectual público, preocupado de los problemas políticos de su tiempo y comprometido con ciertas causas. ¿Representa la postura de Blanchot una “falta de coraje” a la hora de enfrentar intelectualmente el poder? En esta ponencia argumentaré que, mirado desde la noción de parresia de Foucault, la muerte del autor que propone Blanchot no es más que una rearticulación contingente de la noción de sujeto, lo cual permite abandonar los problemas que trae consigo su conceptualización en términos de continuidad, transparencia y universalismo, que es justamente lo que la “muerte del autor” cuestiona. A cambio, esta lectura del sujeto contingente pone de relieve que el discurso desarticulador blanchotiano no puede prescindir de ejercer violencia.

Palabras clave: Blanchot, Foucault, filosofía francesa contemporánea, crítica del sujeto, intelectual público, parresia.

Abstract: Blanchot and Foucault are two fundamental thinkers in contemporary French philosophy. Their ideas open up a debate over the instability, discontinuity and the possibility to resist power. Blanchot shows that literature is dangerous for status quo because it questions every institutionalization of power; it sweeps everything away, even the author that originates it. Thus, literature is a space of de-authorisation of every final interpretation of its content. Blanchot’s idea is summarised in Barthes’ phrase: the “death of the author”. But if the author is no longer the epicentre, then who resists? This question is not trivial, as Blanchot himself could be considered a public intellectual, one who is concerned with political problems of his time,

¹ Cientista político por la Universidad Católica de Chile, candidato a magíster en Pensamiento Contemporáneo por la Universidad Diego Portales. Intereses de investigación: la relación entre poder, discurso y saber. En particular, el análisis de este triángulo en el contexto de la comunicación masiva. Asimismo, esta relación a la hora de pensar la libertad de expresión, de modo de tener una lectura de esta en clave de teoría social crítica.

and also one who is politically engaged in certain particular causes. Does Blanchot's posture represent a "lack of courage" when he intellectually confronts power? In this presentation I will argue that, if one looks at this problem through Foucault's concept of *parrhesia*, the death of the author that Blanchot proposes is no more than a contingent re-articulation of the subject. This movement allows one to abandon of the problems associated to a conceptualisation of the subject in terms of continuity, transparency, and universalism –which is everything the «death of the author» puts into question. As a trade-off, this conceptualisation of the subject as contingent highlights that Blanchotian de-articulatory discourse cannot dispense with exerting violence.

Keywords: Blanchot, Foucault, contemporary French philosophy, critique of the subject, public intellectual, *parrhesia*.

Écrire, c'est s'engager; mais écrire c'est aussi se dégager, s'engager sur le mode de l'irresponsabilité. Écrire, c'est mettre en cause son existence, le monde des valeurs et, dans une certaine mesure, condamner le bien; mais écrire, c'est toujours chercher à bien écrire, chercher le bien.

Maurice Blanchot, *Kafka et la littérature* (1949)

On tient pour sûr que Foucault, suivant en cela une certaine conception de la production littéraire, se débarrasse purement et simplement de la notion de sujet plus d'œuvre, plus d'auteur, plus d'unité créatrice. Mais tout n'est pas aussi simple. Le sujet ne disparaît pas c'est son unité, trop déterminée, qui fait question, puisque ce qui suscite l'intérêt et la recherche, c'est sa disparition (c'est-à-dire cette nouvelle manière d'être qu'est la disparition) ou encore sa dispersion qui ne l'anéantit pas, mais ne nous offre de lui qu'une pluralité de positions et une discontinuité de fonctions.

Maurice Blanchot, *Michel Foucault tel que je l'imagine* (1986)

I

Es un hecho conocido de la historia cultural francesa del siglo XX que Maurice Blanchot representó la paradoja entre el influjo radical de su figura sobre la escena intelectual contemporánea versus la ausencia deliberada que tomó respecto de esta, ya fuese en actos y encuentros públicos, en la firma de manifiestos políticos de los que fue parte o incluso en su aparición en registros fotográficos. En contraste con otros intelectuales de ostensible publicidad, como Simone de Beauvoir o Jean-Paul Sartre, pareciera como si Blanchot hubiera sido quien se tomó más en serio que nadie el decreto de Roland Barthes de que la figura del autor había muerto (1977, 142-143).

No se trató, en todo caso, de una mera postura vital; la actitud ausente de Blanchot también posee un correlato filosófico, el cual tiene profundas repercusiones sobre el ámbito de lo político. El objetivo de este trabajo será escudriñar diagonalmente dicho correlato, teniendo como orientación dos tópicos que se encuentran en mutua tensión. Por un lado, la idea típicamente blanchotiana de la escritura como sitial privilegiado desde donde surge la posibilidad de la literatura, espacio que, en última instancia, es inaprehensible como totalidad. Si lo literario de la escritura es inasible – prosigue este argumento – entonces esta siempre se pondrá a sí misma bajo cuestionamiento, lo cual la pone en la perspectiva de una *indecisión radical* (Hill 2010, 154-232) que da cuenta de toda imposibilidad de clausura y, por ende, de representar a

la obra bajo un aspecto totalizante: “[L]a esencia de la literatura es precisamente evadir cualquier caracterización esencial, cualquier afirmación que pudiera estabilizarla o incluso realizarla”, decía Blanchot en su ensayo “La desaparición de la literatura” (Holland 1995, 141). Como consecuencia, la desautorización de la literatura sobre sí misma (*desœuvrement*) permite poner en cuestión todo poder institucionalizador que pretenda darle una clausura a través de una interpretación final; en términos políticos, esto se traduce en que la literatura permite tanto *questionar* como *contestar* y *resistir* al poder. Así, Blanchot quiere mostrar que la escritura es peligrosa justamente en la medida en que pone en cuestión cualquier institucionalización del poder (Haase y Large 2001, 126). Por otro lado, esta *des*-obra deshace simultáneamente el punto focal desde donde se inicia la escritura: el autor. En efecto, si la literatura se resiste a una interpretación final, dado que desborda incluso el significado originario entregado por su propio autor, entonces la literatura desautoriza a este como tal. La crítica, por tanto, debe demostrar que la literatura excede a cualquier interpretación, incluso a su autointerpretación, la cual, si bien es parte de las intenciones y las creencias del autor, no lo es en cambio de la obstinada independencia de la obra literaria (Haase y Large 2001, 20-21). Así, el autor ya no puede ser pensado como el epicentro de la obra; la obra lo trasciende y se ubica por sobre este, haciéndolo irrelevante (Haase y Large 2001, 62).

Las reflexiones de Blanchot en torno a la literatura como devenir de apertura infinita hacen surgir una serie de preguntas. Si el autor ya no existe como centro, ¿quién resiste al poder? ¿Desde qué sitio, entonces, se puede plantear la resistencia que es arrojada como posibilidad por la obra literaria? En términos más concretos, ¿quién es el encargado de la resistencia si es que el autor desaparece? ¿Cuál es el sitio y el papel de aquel que denominamos “intelectual público” de cara al poder establecido, del cual Sartre hablara como elemento fundamental del compromiso político y del cual Blanchot mantuviera un escepticismo galopante? Si bien Blanchot no dejó de escribir acerca de los acontecimientos políticos de su época –con la guerra de independencia de Argelia y mayo del 68 como protagonistas–, siempre lo hizo pensando en términos de anonimato, fuerza impersonal y palabra colectiva. Considérese lo que afirma en un breve texto llamado “El rechazo”:

Cuando rechazamos, rechazamos por un movimiento sin desprecio, sin exaltación, y anónimo, (...) pues el poder de rechazar no se produce a partir de nosotros mismos, ni en nuestro solo nombre, sino a partir de un comienzo muy pobre que pertenece en primer lugar a quienes no pueden hablar (Blanchot 2010, 40).

Esta forma de concebir tanto la obra literaria como la figura del autor desde Blanchot la denominaré, a lo largo de esta exposición, el “pensamiento de la desarticulación”, que tuvo una influencia determinante –y recíproca– sobre otros pensadores contemporáneos franceses². El pensamiento desarticulador blanchotiano, en una perspectiva de reforzamiento mutuo con quienes mencionamos –algo que muchas

² El mencionado Barthes, pero también Georges Bataille, Emmanuel Lévinas, Jacques Derrida y el mismo Foucault.

veces se denomina con la etiqueta no muy agraciada de “posestructuralismo”– inauguró, a partir de los años sesenta, una forma de pensar que revolucionó la filosofía, las ciencias sociales y los estudios literarios, pues otorgaba las herramientas teóricas necesarias para subvertir el sentido del poder, planteándolo, así, como una cuestión de forma, tal que sus lógicas dejaban de ser universales e inmutables. Sin embargo, de la tensión anteriormente mencionada entre el desarme simultáneo de la obra literaria y del autor desautorizado, en nuestra época actual –ajena al espíritu de 1968 y, en cambio, más cercana al del 2011– emerge el siguiente problema: en un mundo donde el modelo económico neoliberal genera procesos y prácticas que igualmente desarman, desvinculan y fracturan lo social, el pensamiento de la desarticulación pierde necesariamente su carácter revolucionario. Este diagnóstico, de por sí, no implica abandonar el pensamiento de la desarticulación, sino que exige, más bien, su reconceptualización, si es que quiere seguir siendo políticamente relevante. Así, la pregunta es la siguiente: ¿cómo resistir al poder desarticulador desde una posición ontológica igualmente desarticuladora? ¿Representa, acaso, la postura anónima de Blanchot, cuya traducción teórica es la “muerte del autor”, una falta de coraje a la hora de enfrentar intelectualmente el poder?

La respuesta más inmediata que surge de acuerdo con estos cuestionamientos es que sí. En esta exposición quiero, al contrario, mostrar que no es el caso. Para tal efecto, mencionaré el trabajo tardío de Michel Foucault, uno de los interlocutores privilegiados de Blanchot. Foucault, como sabemos, es otro pensador de la desarticulación. De hecho, tuvo muy en cuenta a Blanchot cuando escribió que “el autor es la figura ideológica por medio de la cual marcamos la forma en que tenemos la proliferación de significado” (1984, 119). Toda la obra foucaultiana está orientada a desarmar los cimientos del poder en las sociedades modernas, pasando por sus originales análisis del saber, del poder y, en la última etapa de su carrera, del sujeto. En efecto, Foucault dedicó sus últimos años de vida a estudiar lo que denominó “las tecnologías del yo” y la noción de “cuidado de sí” (*le souci de soi*). Uno de los conceptos clave de este periodo intelectual, y que responde directamente a los cuestionamientos que se erigen en torno al pensamiento de Blanchot, es el de parresia, perteneciente al mundo de la Grecia clásica y que refiere a la relación que existe entre sujeto, discurso y narración de la verdad. ¿Cómo se relaciona la parresia con la ausencia del autor? En esta exposición quiero argumentar que, mientras que Blanchot señala la imposibilidad de convertir la literatura en política, Foucault, desde los mismos presupuestos, puede releer a Blanchot a través de la parresia de modo que la “comunidad literaria” es convertida en una experiencia política que se vuelve homóloga a esta, la cual, sin embargo, no puede prescindir de ejercer violencia. En efecto, para que la escritura opere políticamente –algo que Blanchot no estaría dispuesto a aceptar–, esta debe condensar contingentemente su aspecto literario, articulándolo en formas alternativas de leer los actos del poder. No obstante, proceder de esta manera es igualmente ejercer el poder; es un *contrapoder*. Esto significa que el pensamiento de la desarticulación debe ser repensado a la luz de una demanda coercitiva inherente que no puede deshacerse; de lo contrario, todo cuestionamiento al

poder se convertirá en su propia falta. Precisamente, el rol que Foucault atribuye a la parresia permite establecer contingentemente una rearticulación dentro de la desarticulación.

II

El problema filosófico que salta a la vista a partir de lo anterior es el del sujeto; esto es, el cuestionamiento de la estabilidad de aquel que es capaz de señalar la verdad en una forma prístina, transparente, universal. Es precisamente esta figura la que redirige a la idea de autor que Blanchot cuestiona. Así, este no dejaría de estar de acuerdo con Barthes cuando señala que usar la figura del autor para estabilizar el significado es unirse al intento moderno de la sociedad occidental de presentarse a sí misma como poseedora de una verdad singular, unificada e indisputable (Allen 2003, 74), donde los objetos culturales producidos en masa son convertidos en signos aparentemente naturales, pero que, en último término, son mitología (Allen 2003, 72). Si el sujeto moderno es un mito, el autor también lo es, en tanto ambos refieren a un *locus* construido que se entiende como natural, desde el cual la verdad es, supuestamente, posible. He ahí el *leitmotiv* de la persistencia de ambas figuras en el pensamiento moderno.

Hablar en detalle del cuestionamiento filosófico del sujeto está más allá del objetivo de esta exposición. El punto importante es, en cambio, que ambos autores siguen fehacientemente la línea tomada por la filosofía francesa del siglo XX, donde existe una crítica a la idea de dualidad sujeto-objeto como relación naturalmente dada (Williams 2001, 5). Aun cuando dicha dualidad pase a ser puesta en cuestión, pensar acerca de este problema es persistir en hablar del sujeto. Esto implica que el pensamiento de la desarticulación no significa una salida del discurso de la subjetividad, sino que su replanteamiento (Williams 2001, 3). Sin embargo, la exigencia de ello es justamente enfrentar la paradoja de la subjetividad: que cualquier modelo que busque constituir al sujeto tiene el riesgo de reificar sus condiciones de existencia (Williams 2001, 135).

La clave, entonces, es comprender al sujeto en su relación con la otredad representada en la literatura, donde lo que Blanchot busca es, justamente, no caer en dicha reificación. Por eso sostiene que:

“Escribir es, en último extremo, lo que no se puede; en consecuencia, lo que está siempre a la busca de un no-poder, rechazando el dominio, el orden y, en primer lugar, el orden establecido, prefiriendo el silencio a una palabra de verdad absoluta, protestando así, y haciéndolo sin parar” (Blanchot 2010, 204)³.

³ Respuesta de Blanchot a Catherine David para *Le Nouvel Observateur*, mayo de 1981.

Para ponerlo en términos más concretos, cuando Blanchot se refirió a mayo del 68 francés, lo describió como “un movimiento de rechazo, que se abstiene de toda afirmación o programa prematuro, porque presiente que, en toda afirmación (...) existe el riesgo de ser recuperado por el sistema establecido (el de las sociedades capitalistas occidentales)” (Blanchot 2010, 204)⁴. En ambos pasajes se ve que Blanchot cuestiona tanto la primacía del sujeto, que se ve desbordado por su exterior representado en la literatura, así como todo intento por politizarla para darle un cauce institucional –eso sería anularla, darle una clausura–.

Si asumir una posición crítica frente a la estabilidad del sujeto que piensa la verdad es el cimiento para pensar la literatura como posibilidad, ¿cómo se explican, entonces, sus comentarios póstumos a la “Declaración sobre el derecho a la insumisión en la guerra de Argelia” (1960), manifiesto del cual Blanchot fue parte y donde asumió un rol de intelectual público? En una entrevista, se refirió expresamente al rol del intelectual de cara a la contingencia política: “[C]uando el orden democrático se altera o se deshace, les corresponde [a los intelectuales], al margen de toda pertenencia política, decir, con palabras sencillas, lo que les parece justo” (Blanchot 2010, 63)⁵. Incluso, se hizo cargo de las palabras de la “Declaración” ante un juez⁶: “En tanto que intelectual, me reconozco plenamente responsable de este texto desde el momento en que lo he firmado. El hecho de la firma es el hecho esencial. Significa que no solamente concuerdo con dicho texto, sino que me confundo con él, que soy ese texto mismo” (Blanchot 2010, 73).

Es el momento en que las palabras de Foucault en *El pensamiento del afuera* –dedicado a Blanchot– permiten dimensionar cómo es que estas palabras pueden provenir del pensamiento de la desarticulación. En efecto, Foucault hará una distinción que resultará fundamental para los propósitos de esta exposición: por un lado, el “régimen de Verdad” de una época determinada; por otro, la verdad entendida como acto de eticidad subjetiva⁷. Mientras que las figuras modernas del sujeto y del autor se deshacen en la resistencia de la literatura a ser interpretada como totalidad y, por tanto, sitúan a esta *afuera* de ellos, la eticidad subjetiva apunta a la dilucidación de las estrategias del poder, la cual permite, a su vez, resistir a la obediencia desde la *interioridad* del sujeto mismo. Por tanto, la diferencia estriba en que, concebido de esta forma, el sujeto asume un rol particular, fragmentado, contingente e históricamente situado. Así, Foucault afirma que “‘Yo hablo’ corre al contrario de ‘Yo pienso’. ‘Yo pienso’ lleva a la certeza indudable del ‘Yo’ y su existencia; ‘Yo hablo’, por otra parte, distancia, dispersa, borra esa existencia y deja solamente que su emplazamiento vacío aparezca” (1987, 13).

De esta manera, no se trata ya meramente de la idea de que el sujeto sea “producido” por el entramado poder/saber, sino que, Foucault sugiere, es en las

⁴ “Carta a un representante de la radiotelevisión yugoslava”, 1968.

⁵ Entrevista concedida por Blanchot a Madeleine Chapsal para *L'Express*, 1961.

⁶ Es preciso tener en cuenta que la “Declaración” suscitó la reacción del gobierno de De Gaulle por tratarse de un manifiesto que fue tildado de antipatriota.

⁷ Nótese que, mientras la primera palabra está escrita con mayúsculas, la segunda no.

discontinuidades del poder mismo que existen focos de resistencia desde los cuales resulta posible articular un contrapoder. He ahí la centralidad del concepto de parresia, que detallaremos a continuación.

III

De acuerdo con el análisis foucaultiano, parresia puede traducirse como “libre expresión” (*franc-parler*) y fue usado por los griegos en varios sentidos desde fines del siglo V a. C. hasta el siglo V de nuestra era. Pese a esta polisemia, existen elementos comunes que delimitan el concepto, el cual se refiere a un acto retórico donde el hablante dice exactamente lo que piensa a alguien que está en una posición de poder mayor que él, sin adornos ni sofismas de por medio. Esto implica una indeterminación en el resultado de su franqueza, pues lo expone inevitablemente al riesgo de no conocer las consecuencias de sus palabras (Foucault 2001, 12-13). Desde este punto de vista, la parresia es el enunciado de la verdad en tanto devela un deber interno de hacer uso de la palabra. Las características del *parresiastés* –aquel que usa la parresia– son, entonces, discurso público, verdad, franqueza, coraje y exposición al riesgo. Por cuanto el hablante puede decir cosas que pueden resultar impopulares y hasta causarle la muerte. Foucault afirma que existen tres formas básicas de parresia: su versión democrática, es decir, su uso en la esfera pública –fundamentalmente la asamblea– por los ciudadanos atenienses, sin importar si ocupaban o no una magistratura; su versión aristocrática, es decir, su empleo por el consejero del rey que le dice a este exactamente lo que piensa, en contraste con la figura del consejero adulador; y su versión filosófica, que es el uso que le dio Sócrates cuando cuestionaba la forma en que llevaban su vida los atenienses, la cual no estaba orientada a la búsqueda de la Verdad. Por temas de espacio, el vínculo que haré desde la parresia hacia la idea de comunidad literaria de Blanchot será a partir de su versión democrática.

La parresia no se agota en el riesgo. También implica el estatus de quien la utiliza, por cuanto no es un “derecho a” usar la palabra en público –esto, en la antigua Grecia, se llamaba *isegoría*–, tampoco un derecho constitucional, sino que implica una praxis; es una figura utilizada por los ciudadanos activos para compartir, en conjunto con los otros, una rivalidad por la superioridad de su palabra como representación del interés público. Es decir, es un movimiento dinámico dentro de una estructura agonista, aspectos que la *isegoría* no captura de cara al ejercicio de la democracia (Foucault 2010, 156). Por esta razón, el *parresiastés* es, generalmente, un ciudadano de alto estatus social y educación –por ejemplo, Pericles–, aunque la parresia no se la confiere la cuna, sino que su propio discurso dentro del ejercicio deliberativo. Según Foucault, la parresia es un punto nodal para la supervivencia del régimen democrático en Atenas, puesto que implica, primero, que el interés general es protegido a través de la actividad de pronunciar la verdad por parte de sus ciudadanos; en este sentido, el *parresiastés* sabe cómo identificar el interés público y generar una obediencia legítima a ciertas

decisiones, por cuanto asocia el discurso al logos (Foucault 2010, 178-179). Segundo, la parresia no es una actividad individual, sino que se da en y con la presencia de los otros; en efecto, “el poder ejercido en la parresia nunca debe ser el poder de una sola persona. Para que exista parresia, debe existir una justa entre personas diferentes” (Foucault 2010, 175). Ambos aspectos dan a entender que el acto discursivo de decir lo que se piensa renegocia y redefine la relación entre verdad y poder.

¿Cuál es la relevancia de la parresia a la hora de pensar la escritura como *locus* de resistencia al poder? En ningún caso se trata de que Foucault pensara en rescatar una ética arcaica para los tiempos que corren⁸. Se trata, por el contrario, de que los investigadores actuales puedan dilucidar la obra foucaultiana no a la luz de una lectura que se ajuste a un criterio de fidelidad canónica –¡qué podría ser más anti-Foucault que eso!–, sino que a un sentido intelectual que abra perspectivas teórico-políticas que arrojen luces sobre la interpretación de los fenómenos sociales contemporáneos. En este sentido, el debate que abre la parresia de cara a una literatura concebida como ineludable es, en la línea propuesta por Caroline Williams, el replanteamiento, y no así la desaparición, del papel que juega el sujeto/autor *vis-à-vis* el poder institucionalizado en el juego de la modificación del régimen de verdad de nuestra época.

Blanchot mismo fue parte de este proceso al haber firmado la declaración con la cual la intelectualidad francesa otorgó su compromiso anticolonial con Argelia. Sin embargo, en este caso, donde todo lo que se decía estaba expresado en términos de fuerza impersonal y anonimidad colectiva, ¿cómo pensar desde allí el “coraje de la verdad”? Primero, si bien el sujeto se diluye en una literatura que no logra capturar, la parresia es una figura situada en la subjetividad de la verdad, no en su pretensión de objetividad; el sujeto que resiste al poder desde la parresia ejerce el acto ético de enfrentarlo. En este caso, representa la praxis de un *ethos* democrático que es incompatible con una cultura jerárquica del poder basada en la obediencia ciega (Dyrberg 2014, 6). Segundo, y en contraposición a lo anterior, en tanto foco de resistencia al entramado discontinuo del poder/saber, la materialidad parresiástica en sí constituye un acto de poder; esto es, el intento por fijar un significado alternativo en el devenir mismo del cuestionamiento a la institucionalidad. No obstante, el transcurso de ese acto revela su propia contingencia como resistencia.

En este escenario, lo que el *parresiastés* realizaría no es la denuncia al poder a partir del sujeto universal, transparente y estable que se alza en nombre de la justicia universal. Por el contrario, su discurso articula contingentemente el espacio literario

⁸ En una entrevista concedida en Estados Unidos, se le hizo a Foucault la siguiente pregunta: “Do you think that the Greeks offer an attractive and plausible alternative [for a new ethics]?”. Este respondió: “No! I’m not looking for an alternative; you can’t find a solution of a problem in the solution of another problem raised at another moment by other people. You see, what I want to do is not the history of solutions, and that’s the reason why I don’t accept the word alternative. I would like to do the genealogy of problems, of problématiques. My point is not that everything is bad, but that everything is dangerous, which is not exactly the same as bad. If everything is dangerous, then we always have something to do. So my position leads not to apathy but to a hyper –and pessimistic– activism” (Foucault 1984, 343).

para sobreponerse al poder, sabiendo, en cambio, que esa lucha no es universal, sino que es particular e históricamente situada. Como señala Dyrberg, la contribución de Foucault a la teoría política es concebir el poder como capacidad creativa y transformadora capaz de subvertir el *statu quo* del poder/saber (2014, 7-11) desde la ética del sujeto que cuida de sí. Esa conciencia de la particularidad es la que justamente vuelve irrelevante que el texto desborde significado y diluya a su autor, pues la universalidad ya no le importa. De hecho, la única forma de que la praxis política sea homologable a una comunidad literaria es que esta pueda ser articulada – provisoriamente, sin clausurarse totalmente– dentro de una lógica desarticuladora. Todo el mito del poder queda en entredicho gracias a este movimiento. Es ahí cuando el Blanchot escritor deja de estar de acuerdo con el Blanchot intelectual.

IV

A lo largo de esta exposición tratamos de vincular la idea blanchotiana de espacio literario imposible de clausurar al concepto de parresia estudiado por Foucault en los últimos años de su carrera académica. Es a partir de este vínculo que se hace posible constatar que, al hablar de la “muerte del autor”, Blanchot no rehúye del coraje que representa cuestionar el poder desde la labor del intelectual público. Leer a Blanchot a través de Foucault permite sostener que, si bien el sujeto no es capaz de aprehender la totalidad literaria, e incluso es parte de la fábrica del poder/saber, sí es capaz, en cambio, de articular, esto es, de ejercer un contrapoder a partir de su actividad contingente e interna al régimen de verdad, cristalizando una versión particular del texto literario que irrumpe en las discontinuidades del poder. Más aún, toda modificación de este es fruto de una actividad colectiva, que se da con los otros, lo cual añade una dimensión ética que, en cierta fase de la obra de Foucault, se encontraba soslayada. Para ponerlo en palabras del mismo Blanchot, el discurso de Foucault “no es ajeno a la búsqueda de la verdad, como se cree, sino que [es] uno que finalmente revela los peligros de tal búsqueda y sus ambiguas relaciones dentro de la miríada de configuraciones de poder” (Blanchot 1987, 68). Fue el mismo Blanchot quien se expuso a esta búsqueda, con acciones concretas, en los primeros años de la Quinta República.

Bibliografía

- Allen, Graham. 2003. *Roland Barthes*. Londres: Routledge.
- Barthes, Roland. 1977. "The Death of the Author." En *Image Music Text*. Traducido por Stephen Heath. Londres: Fontana Press.
- Blanchot, Maurice. 2010. *Escritos políticos: guerra de Argelia, Mayo del 68, etc. 1958-1993*. Traducido por Diego Luis Sanromán. Madrid: Ediciones Acuarela & Machado.
- . 1995. *The Blanchot Reader*. Editor por Michael Holland. Oxford: Blackwell Publishers.
- Dyrberg, Torben. 2014. *Foucault on the Politics of Parrhesia*. Londres y Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Foucault, Michel. 1984. "What is an Author?" En *The Foucault Reader*. Editado por Paul Rabinow. Nueva York: Pantheon Books.
- . 2001. *Fearless Speech*. Editado por Joseph Pearson. Los Ángeles: Semiotext(e).
- . 2010. *The Government of Self and Others: Lectures at the Collège de France: 1982-1983*. Editado por Frédéric Gros y traducido por Graham Burchell. Londres: Palgrave MacMillan.
- Foucault, Michel y Maurice Blanchot. 1987. *The Thought from Outside / Michel Foucault as I Imagine Him*. Traducido por Brian Massumi y Jeffrey Mehlman. Nueva York: Zone Books.
- Haase, Ullrich y William Large. 2001. *Maurice Blanchot*. Londres: Routledge.
- Hill, Leslie. 2010. "Maurice Blanchot: The Demand of the Unreadable." En *Radical Indecision: Barthes, Blanchot, Derrida, and the Future of Criticism*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Williams, Caroline. 2001. *Contemporary French Philosophy: Modernity and the Persistence of the Subject*. Nueva York: The Athlone Press.